

# EMILIA CASANOVA

## RASGOS DEFINIDORES

Emilia Casanova no tuvo que ir a la Historia, ni a la Novela para robarse modelos reales o imaginarios que imitar como inspiración de su existencia. No fueron Grecia, cargada de elegancias y dioses, ni Roma, de épicos capitanes, las que le trazaron un derrotero vital. No buscó arquetipos ni personajes. Ella fue heroína de la doctrina libertadora por impulsos intuitivos y por natural apego a la justicia. Y a ella lo dijo, dando la excelencia de su formación y su falta psicológica: "... El deseo de servir a la patria y de contribuir a su libertad es innato en mí".

Esta espontaneidad en la filiación ideológica fijó su destino y marcó la huella de su vida. Mujer de unidad en la acción y en la consecuencia, no conoció de transacciones ni apoyo de la indulgencia, muy propia del sentimentalismo femenino. Esta frase suya "... muchos han sido concesionistas, reformistas, autonomistas; yo no he sido más que independiente", ratifica la firmeza de su consagración patriótica y avalora la severidad de su ánimo. Se entregó a la libertad como culto y como servicio humano, con fanático fervor, lo que evidencia su don extravertido.

Quizás apreciará que su labor pública fuera un mandato divino, que no podía tralacionar con la duda o el cansancio, y este concepto de su predestinación la hizo tan vale-

rosa como inflexible, porque quien se tiene, como ella, como un instrumento providencial, juzga que lo inflexible dirige siempre el empeño adoptado, y que la tolerancia es debilidad ideológica. Cuando ella manifestó: "Hasta hoy no he hecho cosa que trabajar y soñar con la redención de mi patria", indicó más que una trayectoria política, la esencia de la creída sobrenaturalidad de su obra, que por lo común la poseen los que surgen de la humana normalidad. Emilia Casanova pertenecía al grupo de seres que creen que vienen al mundo armados por una fuerza misteriosa, y se embriagan en su propia identidad y se ciñen a su destino con la obstinación de un vidente.

Febriil, dinámica, desbordó en su andar patriótico, el calor de sus convicciones y los efusivos contagios de su corazón, y este prodigar continuo, que denuncia reservas inagotables, es lo que da tono egregio a los seres superiores. No hay en ella honda cultura, y menos alambicadas teorías, porque no tuvo tiempo para los libros, ni sosiego para el estudio, así como tampoco prendió en su alma de mujer la mansedumbre ni el fatalismo. Hay que verla por la acción y la fe, que como una línea recta, arranca desde su juventud para terminar con la muerte. En ella nada de quietud ni contemporización: sólo energía y severidad. Hay ausencia de piedad y hasta de comprensión; pero fe, mucha fe en la bondad de la idea emancipadora. A ella podía aplicarse aquella frase de Juan Nicasio Gallego sobre la Avellaneda: "Es mucho hombre esta mujer". Y como Romain Rolland, ella pudo decir que "se crea por plenitud, no por debilidad".

Vió que no todos los cubanos tenían su recia voluntad, y esta diferencia psicológica la hizo vivir la tragedia que nace entre el querer personal y la indolencia imperante, ante la imposibilidad de que el simple deseo transfigurara conductas y caracteres. Pero en cambio, muchos criollos, por el fuego de su patriotismo y la dulzura de sus sonrisas, se lanzaron a la manigua, despreciando las insidias de la guerra. Por donde pasó: el club, la calle, el periódico y centros oficiales—dejó el tono de sus entusiasmos y las indignaciones de su insatisfecho afán.

La riqueza con sus tentaciones no la atrajo ni desvió de su senda patriótica. Tuvo como alta honra rescatar hombres y ver un día, en su patria, a la justicia señalando determinaciones y aclarando conciencias; y a los que por egoísmos o lucró ponían freno a la revolución o la velan a través del prisma del provecho personal, los anonadó con esta frase: "... muchos hay que todavía quieren conservar lo que tienen pero después de la guerra, sea cual fuere el resultado. Qué patriotas!" Esta condenación descubre su desinterés de hondos raíces ro-

Por LEOPOLDO HORREGO

(Del trabajo de ingreso en la Academia de la Historia).

mantivos al par que vehementes.

Su gesto de rebeldía en Cárdenas, cuando se festejaba la "victoria" por el retorno a playas norteñas de los expedicionarios de Narciso López, la colocó con los suyos en los peligros del patrimonio que disminuye por la apremiante enajenación, agotamiento que la fiel dedicación a la causa de la independencia hacía gradual e inevitable, así que reacciones ególatras detuvieran el ansia redentora. No se preocupó por el dinero, porque para ella tenía más valor, por la permanencia y la concordancia con su intimidad, la independencia que las materialidades económicas; y exigía, acaso con dolorosa puerilidad, a todos los cubanos, el mismo desprendimiento de que había dado prueba inmortal.

En esta mujer extraordinaria se presenta una dualidad digna de estudio. En política es implacable y frenética en sus defensas; y en el hogar, amable y generosa. Flexible con los hijos, tierna con el esposo y sensible a las amarguras ajenas, en la conspiración es rigurosa y concluyente. Para el trato íntimo prodiga su humanidad generosa; pero en la arena política actúa con la dureza de su disciplina y la invariabilidad de su credo patriótico. Es cariciosa en la relación privada y azote en el actuar patriótico. Sabía del amor que apacigua y del furor que transforma y castiga.

En la calle y en el club su palabra está llena de fervor; en las tranquilidades del hogar, el chiste y la gentileza revelan a la dama de formas exquisitas. Esta mujer tan fuerte y acre en la propaganda, es todo ternura con el niño y el desamparado. No ve un dolor que no agite su generosidad, ni una injusticia que no la conmueva; y, no obstante, en las lides de la política sus expresiones, y hasta sus gestos, son ásperos, pero la exaltación que se advierte en ellos queda disculpada por la sinceridad del propósito y la excelencia del móvil.

...

Antes de casarse fué la administradora de los intereses de la familia, y ya esposa de Cirilo Villaverde, la consejera ponderada y la confidente de sus penas, por convergencia sentimental. Es que nació para ser aliento y báculo del hogar como de la patria, para ser matrona y antorcha, sinfonía de amor y oleaje de bríos.

Su dedicación a la causa revolucionaria no la hizo descuidar el cumplimiento de las obligaciones familiares, ni distraerla de sus funciones domésticas. Su posición económica, bastante holgada por cierto, no pudo hacerla desistir, como a muchas madres ricas, del amantamiento de sus hijos, ni impidió que les sirviera de aya. Vivió estrechamente vinculado al esposo y a sus hijos, porque quiso ser madre y compañera ejemplares, por

(Finaliza en la página 53)

# EMILIA CASANOVA...

(Continuación de la página 47)

exaltadas virtudes. Pudo triunfar de haber unido en su pecho la familia y la revolución. Y, ella, por eso, decía que no se podía sentir esta si no se ama aquella. Los que viven al margen del sentimiento hogareño no saben del dolor de los hombres y los pueblos. El que no siente aflicción por los suyos, carece de espíritu afectivo para recibir el sufrimiento colectivo y las oraciones justicieras de los demás y lo que es peor de más.

En sus luchas revolucionarias no sometía a los patéticos a largas antefazas, por una doble cualidad, porque tenía por defecto la esperanza innegociable y porque su capacidad de trabajo le permitía multiplicarse, para, con breveséle ausentadora, atender uno o más asuntos al mismo tiempo. Sin molestación recibía al pobre y, sin alardes li-sonjeras, al rico. Le mismo, y los de un color que a los otros, por su sincera democracia no había más distinción que la emanada del comportamiento y la virtud. Accesible, a pesar de su sexo, las puertas de su casa permanecían abiertas a la necesidad y a la demanda patriótica, dando con el servicio la frase de bondad; y cuando era imposible el cumplimiento de la petición, lo justificaba con elocuentes razones. El desdoblamiento y el bregar de la conspiración no le restaron dignidad a su condición de mujer. La distancia de sus ac-

tos y el desdoblamiento de su conducta, dan insuspechabilidad a su vida, en medio de las agitaciones y el continuo bregar de la lucha, porque se entregó a una causa, la libertad de Cuba, y a un hombre, Ciro Villaverde.

Emilia Casanova no mostró las emociones de su carácter, para adquirir una aparente benevolencia, sino que reveló su personalidad, que en definitiva es lo que es sentido al héroe. Este cultivo del propio "yo" le hizo, fundamentalmente, heroica y singular como mujer en nuestra historia. A su conciencia, orientadora de su vida, le dio su amor a la justicia y a la patria, que para ella no era más que la objetivación de aquella virtud, es lo que tiene de humana y social. Y como jamás la traicionó sintióse invencible en el incesante prologar de su causa libertadora.

No tuvo conflictos interiores, porque siempre se determinó por sus sentimientos en los encontrados dilemas que se le presentaron, y jamás la indiferencia la arrastró a complicidades pasivas con hechos que pugaban con sus afecciones o principios. Entre Aldama y Quesada se definió por este con tenacidad entusiasta y negativa para aquel, porque en lo excluyente de su carácter no existía el término medio, ni aun la piedad disculpadora. En política no conoció la equidistancia. Era, pues, exagerada en el elogio y desestimadora en la oposición. No practicó nunca el compás de espera, o como dicen los franceses el "juste milieu", para estratégicas defensas; no, era resuelta, y hasta si se quiere, insana en la decisión. En sus preferencias cometió errores y lastimó susceptibilidades, porque al adoptar una senda, siempre rectilínea, carecía de ese equilibrio, en que la claridad se suma al análisis humano.

Si mujer en el hogar, en la lucha la encontramos varonil. Se ballará en ella cultura en el tratamiento particular; pero no se busque este sentimiento cuando de la libertad se trata, porque, entonces, la tónica es de coraje, y de firmeza la intención. Si cautivadora en el mundo privado, es inflamable si palabra en la tribuna, electrizada bajo su desbordante vibración. Fue antes que nada y entre todo, una combatiente sin más empeño que la libertad; como tal hay que apreciarla y conocerla, ya que en esta cualidad y substancia se halla la razón histórica de su personalidad.

Toda su vida no tuvo más que un objetivo, mejor dicho, una visión: la independencia de la patria, y por ella desató afectos y se desentendió de conveniencias personales. Lo que se apartara de esta finalidad y a los que la retrasaran o inmiscuaban con acomodamientos impropios a su exigencia patriótica, su enemiga y hasta su odio eran insostenibles. Esta disposición marca la psicología de nuestra gran mujer, y le da esencia precisa a su papel en el proceso revolucionario de Cuba.

Acción y fe hallaremos en Emilia Casanova. Fe, porque se creyó en posesión de un divino mandato; actividad, porque estimó que era desconocer esa conciencia, si no mantenía una acorde tensión en la tarea independentista. Cuando arribó a los Estados Unidos, al contemplar sus grandezas, dijo esta frase, comprendido de su confianza en el poder de la voluntad: "Un pueblo para ser libre no tiene más que quererlo". Y más tarde, cuando Martí intensificó la propaganda que había de culminar en el grito del 93, se oya esta exclamación: "¡Hay que vencer!" Estas expresiones que están respaldadas por el constante ejemplo personal, dan la medida de su naturaleza heroica; y su interacción a través de agónicos desvelos indican su inextinguible fealdad patriótica. De ahí que una invariable confianza y la pasión absorbente dan vigor a la existencia de Emilia Casanova en una concreta proyección directa que abarca casi medio siglo de vida revolucionaria, en que la uniformidad excluye renuncias y caídas, desviaciones y desmayos, desesperaciones y optimismos. Se entregó al deber recto y bravísimamente, sin más cadenas que su anti-

masa silenciosa. Fue, por la fealdad de su personalidad de la Historia, una vez dedicación política y la consecuencia de su convicción y de su acción revolucionaria, y así pasa a la historia patriótica.